



LA VIDA DE AMOR

*Nos ergo diligamus
Deum, quoniam Deus prior
dilexit nos.*

«Amemos, pues, á Dios,
pues Dios nos amó primero
á nosotros.»

(1 JOANN., IV, 19.)

El alma que desea subir á la cumbre de la perfección evangélica y llegar á vivir la vida de Dios, debe, desde el principio, fundarse en el amor, porque es verdad cierta que el amor da la vida: como es el amor así es la vida. No hay sacrificio excesivo para el amor. Así sucede en la naturaleza humana; conquistado el corazón, fácilmente se consagra y se da todo el hombre: ganado el corazón, ganado está todo el hombre.

La principal de nuestras pasiones, la que subyuga á todas las demás, es el amor. Cuando amamos algún bien, nos dirigimos á él; al punto que tememos ó aborrecemos alguna cosa como á mal, huimos de ella; tan pronto como esperamos algún bien ó tememos algún mal inevitable, surge en nosotros la alegría ó la tristeza: el amor va siempre delante de los

movimientos de las pasiones y las arrastra á todas ellas.

Así nos lo enseña la naturaleza: la madre que desea que su hijo la obedezca, empieza por moverle á que la ame, y para conseguir su amor le ama ella misma primero.

Esto hace Dios con el hombre, que es criatura suya.

Dios ha puesto el poder del hombre en su corazón, y no en su entendimiento ni en su cuerpo; el Señor se ha con el hombre como la madre con su hijo. Manifiéstase al hombre en sus dones y beneficios: todo lo ha criado para servicio suyo.

Más tarde se hace visible en la encarnación del Verbo al hombre decaído. Jesucristo ama al hombre; manifiéstale que el amor es lo que le ha movido á descender del cielo, á ser su compañero, su hermano, á vivir con él, á tomar sobre sí sus penas y trabajos y á adquirirle las riquezas de la gracia y de la gloria. Jesús es, pues, la manifestación que Dios hace al hombre de toda su bondad y caridad.

Por amor al hombre muere en lugar suyo, haciéndose prenda y víctima por sus pecados.

Por no separarse del hombre aun estando en la gloria, instituye, después de haber consumado la obra de la redención, el Sacramento de la Eucaristía, que perpetúa su presencia en la tierra y da vivo testimonio de la vitalidad de su amor.

Delante del pecador va Jesús ofreciéndole el perdón cuando el pecador le ha ofendido, y el pecador jamás se arrepentiría de sus culpas si en su corazón no pusiera el Señor este sentimiento de amor. Y si con diabólica malicia el pecador rehusa la gracia del perdón por no verse obligado á enmendarse, Jesu-

cristo le cubre con el manto de su misericordia y le sustrae á los golpes de la justicia de su Padre, implorando gracia y paciencia en favor suyo, sin que su bondad se canse, esperando años y más años; y cuando el corazón del hombre se abre al arrepentimiento, Jesús, semejante al padre del hijo pródigo, sólo tiene palabras de amor para con él. ¡Cuán bueno es Jesús! ¿Será posible que nosotros le ofendamos, y le allijamos, y nos neguemos á corresponder á su amor?

II

Mas lo que da mayor fuerza y virtud al amor de Dios, es que este amor se fija y se determina en cada uno de los hombres como si cada uno de ellos fuera el único hombre que viviera en el mundo.

Si el hombre estuviera bien penetrado de estas verdades, á saber: que Dios le ama personalmente; que por amor á él solo ha criado el mundo con todas sus maravillas; que por amor á él solo se ha hecho hombre, ha querido ser su guía, su siervo, su amigo, su defensor, su compañero en el viaje del tiempo á la eternidad; que por él solo ha instituido el Bautismo, mediante el cual se hace el hombre, gracias á los méritos y gracia de Jesucristo, hijo de Dios y heredero del cielo; que á él solo le da su persona, su Espíritu Santo y sus dones; que sólo él recibe en la Eucaristía la persona del Hijo de Dios, las dos naturalezas de Jesucristo, sus dones y gracias; que para que expie los pecados que ha cometido, hay una Víctima propiciatoria, omnipotente, y que sin cesar está inmolándose; que Dios ha instituido para el sacramento de la Penitencia como eficaz reme-

dio en todas sus enfermedades, como bálsamo de resurrección y de vida; que para santificarle ha instituido el sacerdocio, que ha llegado hasta él mediante una sucesión nunca interrumpida; que ha querido santificar y divinizar el estado del matrimonio y hacerle símbolo de esa unión con la Iglesia; que le tiene preparado un viático, fuente de fortaleza y suavidad para cuando llegue su última hora; que ha puesto á disposición del hombre á sus ángeles y á sus santos, y aun á su augusta Madre, para guardarle, ayudarle, consolarle y sostenerle; que El ha preparado un trono magnífico en el cielo, donde está dispuesto á colmarle de honor y de gloria; donde el hombre tendrá por manjar la visión beatífica de la Santísima Trinidad, cara á cara, sin velos: si el hombre estuviera íntimamente poseído de estas verdades, el corazón debía romperse de amor, y vivir de amor y consumirse de amor en Dios. ¿Es posible ¡oh Dios mío! que haya siquiera un solo pecador, un solo hombre ingrato en el mundo? Pero ¡oh desdicha! no conocemos tu amor, tememos conocerle íntimamente; huímos de él porque somos esclavos de las criaturas ó de nuestro amor propio. Idolatramos en nuestros cuerpos; queremos que el mundo nos ame, deseamos participar de sus placeres, obtener sus aplausos y su gloria; queremos, en suma, vivir para nosotros mismos.

¡Oh adoradores de Dios! Dejad á los esclavos del mundo servilmente encadenados á su carro triunfal; declarad la guerra á los enemigos de nuestro Dios; sacrificad vuestro amor propio; sujetaos á la ley del amor, y jamás habréis saboreado felicidad más cumplida que ésta. La virtud será en vosotros una necesidad, será como natural en vosotros; amaréis los

combates que supone la práctica de la virtud, y os parecerán muy dignos de ser amados los sacrificios. El amor es el triunfo de Dios en el hombre y del hombre en Dios.

III

Toda la perfección del adorador consiste en darse á Dios incesantemente, por amor, pues su vida no es más que una creación continua de la bondad de Dios, un tejido de beneficios recibidos del mismo Dios. Cuanto más puro sea vuestro don, será tanto más perfecto. Dejaos, pues, de reservar cosa alguna para vosotros mismos y de poner condiciones en el servicio de vuestro Rey divino. Amar con pureza es amar á Jesús por sí mismo, por ser quien es, digno por todo título de nuestro amor. «¿Puedo, por ventura—dice San Francisco de Sales—aproximarme á alguna persona para hablar con ella, para verla mejor, para obtener de ella alguna cosa, para percibir el buen olor que consigo lleva, para apoyarme en ella? Entonces me llevo á ella y me uno con ella; pero mi principal deseo no es el acercarme y unirme á ella, pues esta unión ó aproximación la considero como medio para obtener alguna cosa. Mas si me llevo y me uno á ella solo porque deseo estar más próximo á ella y gozar de esta unión, entonces esta unión será pura.» «Jacob—dice San Bernardo—tenía á Dios consigo, y le dejó de buen grado con tal de recibir su bendición; mas la Esposa de los Cantares no le dejará por ninguna bendición: *Tenui eum, nec dimittam*; porque no quiere las bendiciones de Dios, sino al Dios de toda bendición, diciéndole con David: «¿Qué hay en el cielo para mí, qué he de que-

rer acá en la tierra sino á ti? Tú eres el Dios de mi corazón y mi herencia para siempre.»

Mas ¿cómo podremos llegar á esta vida, á este estado de amor? Muy fácilmente. El hombre es de suyo amor; no aprende á amar, sino ama y se da á sí mismo. Pero lo que aviva el amor, lo que le nutre y le eleva á la categoría de la más noble entre todas las pasiones, es la vista, la contemplación del objeto amado; es la verdad conocida en su bondad y en su belleza; es la bondad manifestada individualmente á cada uno de nosotros. San Pablo, por ejemplo, vió á Jesucristo, le oyó, entendió el amor que le puso en la cruz, y no pudo menos de exclamar: «Jesús me ha amado y se ha entregado á la muerte por mí.» *Christus dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* Esta consideración le conmovió hasta hacerle derramar lágrimas; su corazón se dilató bajo la acción poderosa de este fuego del amor de Jesús. Por su parte quiso hacer cosas grandes por Aquel que tanto le había amado, y llamó en su auxilio á los más penosos sacrificios; desafió á todos los tormentos, á todas las potestades, afirmando que nada bastaría para separarlo del amor de Jesús.

Charitas Christi urget nos. La caridad de Cristo le urge y le estrecha. El mundo entero es pequeño en comparación del fuego de su amor: hubiera querido amar con el corazón de todos los ángeles y de todas las criaturas del mundo. Así se consagra á convertir á las almas y á llevarlas á todas á Jesús. Este es el fruto natural y sencillo que produce el que verdaderamente ama á Dios, el que quisiera amar á Dios tanto como Dios le ama, amar á Jesús tanto como Jesús merece ser amado.

¿Queréis, pues, vosotros vivir del amor y ser di-

chosos en esta vida de amor? Pues permaneced pensando constantemente en la bondad de Dios, siempre nueva para con vosotros, y seguid en Jesús las obras del amor con que os ama. Empezad todas vuestras obras con un acto de amor; empezad á adorarle haciendo un acto de amor, y de esta suerte abriréis dichosamente vuestra alma á la acción de Jesús.

Si por ventura os detenéis en el camino, la razón es porque empezáis por vosotros mismos; y aun habréis errado el camino si hubieréis empezado haciendo actos de otra virtud diferente del amor. ¿Acaso el niño no abraza á su madre antes de obedecerla? La única puerta del corazón es el amor.

Cuando hayáis de cumplir algún penoso deber, empezad haciendo un acto de amor, y decid de esta manera: «Os amo ¡oh Dios mío! más que á mí mismo, y en prueba de mi amor, voy á hacer esta obra de caridad, este acto de abnegación, de paciencia.» Cuando vuestro corazón haya producido este acto de amor, esa acción difícil será como hecha en la presencia de Dios, y se habrá mudado su naturaleza respecto de vosotros. La causa del trabajo que nos cuesta la práctica de las buenas obras, la que sostiene la repugnancia que sentimos en el cumplimiento de nuestros deberes, en el ejercicio de la virtud, es el amor propio: mas el primer efecto del amor de Dios, que reina en un alma, es hacer guerra incesante al amor propio, es decir, á la sensualidad de la vida, á la ambición del corazón, al orgullo del espíritu, al espíritu del mundo, que es todo mentira y egoísmo.

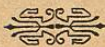
A medida que es más poderoso el amor divino en el corazón humano, el hombre se torna más valiente y esforzado. No se satisface con huir el mal, toda-

vía aspira á más: pone la mira en la mortificación, en la inmolación de la propia persona, que es el perfecto dominio y completo desasimiento del hombre sobre sí mismo.

El segundo efecto del amor es dirigir habitualmente la vida, ser la regla inflexible é invariable de todas las obras del hombre.

¿Qué es, por ventura, lo que en este momento desea Nuestro Señor? ¿Hay tal pensamiento en este deseo, en esta obra algo que se ordene á la gloria de Dios, á su santo servicio?

Esta es la ley del verdadero amor. No mira lo que él mismo da, sino lo que se merece el objeto de su amor.



LA PERFECCIÓN DEL AMOR

*Suspectus est mihi amor
cui aliud quid adipiscendi
spes suffragari videtur.
Amor habet praemium,
sed si quod amatur. Prae-
ter se non requirit cau-
sam, non fructum; amo
quia amo; amo ut amem.*

«El amor que espera ob-
tener otra recompensa que
el mismo amor, amor sos-
pechoso es; la recompensa
del amor es el objeto ama-
do. El amor no necesita
ninguna otra causa, ningún
otro fruto que el mismo
amor; amo porque amo,
amo para amar.»

(S. BERN., Ser. LXCIV,
in Cant.)

HAY dos clases de amor de Dios; el primero ama á Dios para sí, en razón de los beneficios que nos ha otorgado y de la recompensa con que nos ha de premiar en el cielo. Ámase á sí mismo en Dios: éste es el amor de la ley. Este amor es bueno, muy bueno; es el que se nos exige en el primer mandamiento. En rigor, no es posible exigir más: el que ama de esta suerte se salva. Este amor glorifica la bondad, la liberalidad, la munificencia de Dios para con nosotros, cosa por cierto muy buena.

Pero el reconocimiento á los beneficios singulares que Dios concede á ciertas almas, pide á estas almas mucho más. Habéis sido enriquecidos por Dios con su gracia; no solamente os ha dado las gracias de que habéis necesidad, sino os las ha dado con exceso. No os contentéis por vuestra parte con ser como el jornalero, el doméstico ó el mercenario, pues las gracias que habéis recibido os dan derecho para ser hijos de Dios. El hijo de familia trabaja, no sólo por la paga, sino además por amor. Su ley es el amor, y el amor no reconoce límites. «La medida del amor es amar sin medida», dice San Bernardo: *Modus diligendi Deum est diligere sine modo*. Verdad es que Dios no nos ha obligado á tanto, pero es por dejar en nuestra mano el alcanzar la felicidad de amarle más que lo que Él nos manda que le amemos. ¡Qué vergüenza para nosotros que Dios tenga que ordenarnos que le amemos! ¿Habremos menester que nos diga á nosotros, criaturas racionales, á quienes ha colmado de beneficios, que hemos visto el inmenso amor que nos tiene; habrá de ser preciso que nos diga: «Me amarás sobre todas las cosas, mas que á las riquezas y á los placeres, y en premio de este amor yo te daré el Paraíso?» Pero ¡ah! ni siquiera este amor da el hombre á su Dios.

Y nosotros, á quienes Dios llama como á amigos suyos, ¿hemos de contentarnos con tan poco? De ningún modo: Dios nos muestra su liberalidad para que nosotros por nuestra parte seamos liberales para con Él. Nos deja que le amemos cuanto podamos; esta libertad de que gozamos para amarle, nos impulsa al heroísmo del amor, á agradarle, á prepararle amorosas sorpresas, á darle mucho más que lo que le daríamos si nos fijara el amor con que había-

mos de amarle. Nos ha dicho: *Sponsabo te mihi in sempiternum*. «Me depositaré contigo para siempre.» La esposa debe darse enteramente á su esposo, perder por él todas las cosas, dejarlo todo por él: la patria, los padres, la familia, y aun el propio nombre y personalidad. *Erunt duo in carne una*.

Pero el amor puro de Dios es aquel que dice: «Os amo, Dios mío, por ser Vos quien sois, y sólo por ser Vos quien sois. Este amor no excluye el deseo y la esperanza del cielo, pero este deseo y esta esperanza no son el motivo habitual y principal del amor. Bien sabemos que, en siendo nosotros generosos con Dios, Dios será generoso con nosotros; pero solemos decir: «Aunque, cosa imposible, no hubiera cielo con que recompensar mis buenas obras y mi amor, ¡oh Dios mío! yo os amaría lo mismo que ahora os amo, porque en razón de ser Vos quien sois, merecéis todo mi amor. Mi recompensa es amaros: *Fructus amoris usus ejus*. En todo cuanto yo haga te amaré, pues, y te daré testimonio de mi amor.»

Mas ¿qué es todo esto en comparación de lo que debemos á un Dios que tanto nos ama? ¡Qué poco es! Esto hacemos en la vida natural. Mirad á los pobres jornaleros trabajar todo el día en las fábricas, desde la más tierna edad, para ganar el sustento de sus padres y sacrificarse por ellos. Este trabajo les parece fácil, porque trabajan por amor y no piensan en lo que les cuesta. La recompensa que reciben es el amor. *Amor habet praemium, sed id quod amatur*. ¿No hemos de ser así nosotros para con Dios? ¿Hemos de hacer por nuestros padres naturales mayores sacrificios que por nuestro Padre que está en los cielos? Y vosotros, padres y madres, mucho habéis hecho por vuestros hijos; por ellos, y sólo por su

bien, os habéis sacrificado. Pero tales sacrificios todos los hacen. Sucede por ventura en la calle alguna desgracia, y al punto corréis á prestar socorro, desinteresadamente, y aunque sea desconocida la persona á quien vais á socorrer. Pues ¿por qué no padecéis con Jesús cuando oís blasfemar del santo nombre de Dios, cuando veis que se renueva su pasión? ¿Por qué no es sacrificáis por su divina gloria?

Y no se diga que esto es cosa superior á nuestras fuerzas. La primera necesidad del corazón es dar más que aquello á que estamos obligados. «No intentes practicar este amor desinteresado, nos dice sin cesar el demonio. Deja ese amor para los Santos, y no seas tan vano que te creas del número de ellos.»

Pero en esto no hay orgullo. Amad sin medida, y sabed ciertamente que cuanto más améis de esta manera, mejor comprenderéis vuestra propia miseria y la santidad y la majestad de Dios.

¿Qué inconsecuencia la nuestra! Decimos con frecuencia que nuestro deseo es permanecer á los pies de Nuestro Señor, que somos indignos de estar más altos. Pero ¿qué decimos? ¿A los pies de Nuestro Señor? ¿No es éste el lugar de la santísima Virgen? ¿Acaso nos tendremos por dignos de estar á sus divinos pies?

No miréis tanto aquello á que tenéis derecho, lo que creéis haber merecido; antes decid siempre: «Todavía no he hecho bastante; todavía debo amar más, más todavía.» Acá en la tierra nadie merece ser amado por sí mismo, sino por causa del reflejo divino que hay en su ser. Pero Dios es nuestro supremo fin, merece que le amemos por sí mismo: es la santidad, el amor creado, infinito. Conocedle, pues, más y más, amadle cada vez más, que nunca llega-

réis á amarle como se merece que le amemos. Las almas que hacen oración crecen cada vez más en el amor, porque cada vez comprenden mejor quién es Dios, llegan á amarle por el mismo Jesucristo, que inspira su amor y le adorna de sus infinitos méritos; á amarle con un amor en cierto modo infinito, que sólo podrá ser recompensado con un premio infinito y eterno, pues Jesús es quien ama en ellas.

Amad, pues; dad siempre, y nunca temáis dar demasiado. Nuestro Señor no pone límites al amor que aconseja á sus amigos: «Amádmeme con el amor que mi Padre me ha amado á mí, como Yo os amo á vosotros; permaneced y vivid en el infinito amor con que yo amo á mi Padre.» Amemos, pues, á Dios por sí mismo, por sus excelencias y porque merece ser amado, y sea este amor el norte que dirija y domine toda vuestra vida.

II

Con este fin, en primer lugar, haced todas las cosas por su gloria; rendidle homenaje por todo lo que hay de bueno en vosotros y por todo lo que con vuestras obras hacéis. Mas ¿cuál es el fin de este sacrificio? Dar gracias á la bondad divina, glorificar al amor de Dios. ¿Y cuál la razón de este sacrificio? Dar gracias á la divina bondad, glorificar al amor de Dios. Haced con frecuencia actos de reconocimiento á la bondad divina, dadle gracias y alabadle; exaltadle, no tanto por la recompensa que algún día os dará, cuanto porque es bueno, santo y bienaventurado en sí mismo, porque nos ha dado á conocer su bondad y su felicidad y quiere manifestarse á nosotros.

En segundo lugar, sea su voluntad la regla soberana de todas nuestras acciones. Decid en todo sin vacilar y sin temor: «Dios lo ha querido así, yo también lo quiero. Su voluntad es la expresión de su bondad para conmigo.» Y cumplid todas vuestras obligaciones teniendo presente esta idea.

No os inquietéis escudriñando para qué razón querrá Dios que suceda tal ó cual cosa, que esto sería desconfiar de Él y faltarle al respeto debido. ¿Acaso no es la misma bondad y sabiduría? ¿Acaso no quiere mi bien y su propia gloria? ¿Puede haber alguna cosa imprevista á sus divinos ojos?

Inquirir el motivo por el cual Dios quiere tal ó cual cosa, es, en último término, seguir la propia voluntad.

Básteos conocer que Dios quiere alguna cosa, que lo demás no es cosa nuestra. Esto es difícil; pero ¿qué importa? La bondad de Dios lo dispone. «Bástanme conocer vuestra voluntad; lo demás de aquí se sigue.»

En esto consiste la obediencia ciega y pasiva: en obedecer sólo porque Dios es nuestro Señor. Esto mismo hizo Jesús durante su vida entera. «La obra que me encomendasteis está consumada. No puedo decir ni hacer cosa alguna sino por mandato de mi Padre.» Jesús vino al mundo sólo porque su Padre le envió, y para hacer en todo libremente y por amor la voluntad santísima de su Padre.

Mas ¿cómo conoceremos la voluntad de Dios? En primer lugar, todos tenéis vuestras obligaciones, los deberes de vuestro estado, sea éste cual fuere. En el tiempo libre, cuando el deber no os impone obligación alguna, también podéis hacer la voluntad de Dios, si verdaderamente le amáis. Quiero amar á

Dios más que á mí misma, dice el alma que ama á Dios. Así, por ejemplo, cuando se me ofrecen dos cosas que me conducen á Dios, haré la que sea más de su divino agrado y la que más trabajo me cueste, y la haré sin vacilar ni desfallecer, pues el alma que verdaderamente ama á Dios quiere en todo y de antemano lo que más agrada á Dios. El que mira á lo que da, no tiene verdadero espíritu de familia: *Hilarem datorem diligit Deus*. Hacer lo que más os agrada y os cuesta menos, amor propio es; es buscar vuestra propia satisfacción. Al corazón que ama nada se le hace duro. Si se os hace muy duro dar á Dios tal cosa, no se la deís, que más vale que no se la deís que dársela contra vuestra voluntad. No me refiero al hombre carnal, que ha de clamar y de hecho clama siempre. Si le arrebatáis todas las cosas y le sacrificáis, bien está que levante el grito; pero no le hagáis caso. La voluntad superior, el hombre espiritual, es quien debe dar el don sin vacilar ni flaquear. En la vida natural, ¡cuántas cosas hacemos que nos cuestan mucho trabajo! Sin embargo, las hacemos sin dirigir cargos á los que nos las exigen. ¿Y no ha de merecer Dios Nuestro Señor que nos hayamos con Él con la misma generosidad?

Por último, y en esto consiste la perfección del amor, el alma enamorada de Dios llega á cifrar las obras del amor sólo en lo que le cuesta trabajo. Hasta aquí el alma se hallaba á sí misma, aun sin buscarse. Hallaba consuelo y fortaleza en trabajar por la gloria de Dios; sentíase dichosa en conformar su propia voluntad con la voluntad de Dios; conocía que iba por el verdadero camino y no había cosa que le causara inquietud, pues gozaba de paz verdaderamente divina. Siguiendo fielmente la voluntad de

Dios, conocía que se mitigaban la curiosidad de su espíritu, los afectos de su corazón y aun las exigencias de los sentidos. Ciertamente que no estaba libre de penas, pero sentíalas como de paso, pues en el fondo de su alma reinaba una paz soberana: que sólo hay discordia y guerra allí donde no reina Dios como soberano Señor.

Mas ahora el amor puro se ejercita en aquello mismo que sacrifica. Parte del principio que no es verdadero amor sino aquel que nace del sacrificio de uno mismo en todas las cosas, y sabe que la esencia del puro amor consiste en la libre elección de las penas y de los sacrificios. Esto es lo que significaba Nuestro Señor diciendo: «No hay amor más grande que el de quien da su vida por los que ama.»

Cuando el alma se da á Dios de esta manera, Dios le envía penas, y penas incesantes; la abate y anada para tomar posesión de ella, y ocupa en ella el lugar de ella misma. Y como surge en ella sin cesar la tentación que la induce á recobrar el señorío sobre sí misma, Dios combate esta tentación y hace padecer al alma, y anula al espíritu y sofoca los afectos del corazón.

El espíritu que no quiere rendirse á discreción en manos de Dios, se ve envuelto, por disposición divina, en las tinieblas, asaltado de tentaciones contra la fe, la esperanza, la confianza en Dios, é inducido á la desesperación; y mientras no se rinda del todo y renuncie á su propio juicio, no gozará de verdadera paz. En tal estado del alma nada pueden hacer en su favor sus directores. Estos juzgan y le hablan de la bondad de Dios, pero el alma no la percibe, el tiempo pasado le espanta, lo presente le hace temblar. ¿Qué deberá hacer en este caso? Aceptar la

prueba. Dios quiere que os veáis en este trance sin decirnos cuál es la razón de esta su voluntad, y está esperando que le digáis: «Acepto humildemente vuestros designios y me someto á ellos; haced de mí lo que sea de vuestro agrado. ¿Queréis que yo me vea agitado y afligido? Pues este es también mi deseo. Con todo me conformo. En vez de ofrecer las buenas obras que se ofrecen á mis ojos, presentaré á vuestros pies mi propia miseria, que Vos me mostráis. No la amaré ciertamente, pero aun de ella me serviré para glorificaros.» Y entonces estará Dios con vosotros. Dios lo quiere así: ¿qué os importa todo lo demás? Sobre todo, no tratéis de mirar demasiado las cosas. Si dijerais: «Dios me abandona: ¿qué va á ser de mí?», perderíais el juicio. Dios quiere saber si le amáis más que á vuestra propia voluntad, aunque esta vuestra voluntad propia sea sobrenatural: permaneced tranquilos, y aun en el infierno le glorificaríais. ¿Queréis, por ventura, alguna cosa fuera de su gloria?

¿Y el corazón? El corazón es por su naturaleza sensible; hace un momento se hallaba en el paraíso, mas ahora se ve frío y desolado. Decir que amáis os parecerá blasfemia. ¿Pues qué habéis de hacer? ¿Habéis de argüir á vuestro corazón y levantaros contra él? Esto agravaría vuestra aflicción. Decid entonces á Dios: «Cuando yo os amaba en medio de la dulzura ¡oh Dios mío! era muy feliz: ahora me veo en tierra seca y desolada; pero os amaré más que á la dulzura de vuestro amor. Mi corazón me dice que no os amo; pero os he de amar con toda mi voluntad, á pesar de mi corazón.»

Estos terribles asaltos permite Dios que padezcan las almas á quienes Él quiere llevar consigo: no para

satisfacerse, sino para nuestro mayor merecimiento: Dios quiere que seamos afligidos para que adquiramos mayores méritos y seamos dignos de mayor gloria. Si á pesar de todos los medios que empleéis para salir de tal estado, todavía dura la aflicción, conoceréis que procede de Dios. Entonces habéis de decirle: «¿Queréis que os ame más que á toda mi vida espiritual? Pues yo también lo quiero, y me sepultaré vivo.» Esto es preciso si queremos unirnos con Dios. Dios quiere oro, no tierra ni liga. La unión de Dios con el hombre se hace en el fuego de la tribulación. Cuando Dios pone al alma en este camino, adquiere el alma una libertad interior increíble, libertad independiente de toda práctica, de todo estado particular. Su estado es su vida. Dios es quien la ha puesto en él: ¿quién la sacará de este estado?

Quizá digáis: ¿cómo es posible que nos privemos de toda acción, de toda iniciativa? Sí: éstos son los caminos de Dios en las almas á quienes escoge. ¿Acaso no las ama cuanto es posible amarlas? Contentaos, pues, con amaros á vosotros mismos como Dios nos ama, y ponedlo todo en sus manos.

Decid á Dios, con San Buenaventura: «Sé que me amáis más que lo que yo puedo amarme á mí mismo; no pensaré, pues, en mí, y os dejaré á Vos este cuidado: no quiero pensar sino en Vos.» *Scio quia plus quam ego me diligis. De me igitur non curabo, sed solum tuis deliciis inhaerebo: et tu mei curam habeto.* (Stim. Am., p. II, cap. II.)



LA GRACIA DE VIDA

Ait illis (Jesus): Venite post me. At illi continuo, relictiis relictibus, secuti sunt eum.

«Jesús dijo á Pedro y á Andrés: Seguidme. Y ellos dejaron al punto sus redes y le siguieron.»

(MATTH., IV, 9.)

I

ESTAS palabras encierran un gran misterio de la vida espiritual, y nos indican que en la vida espiritual hay dos suertes de gracias: una ordinaria y común á todos, que recibimos mediante los Sacramentos, la oración y los demás medios de salud. Esta gracia la tenían Pedro y Andrés cuando Jesús les llamó; estaban en la vía de la gracia ordinaria, hacían penitencia según había predicado San Juan Bautista, y cumplían la ley: esto les bastaba para obtener la salud.

Pero Nuestro Señor los llama especialmente. ¿Para qué? Para darles la gracia de la perfección, la gracia de la propia santificación. Todo el mundo puede salvarse, correspondiendo á la gracia que á todos en